

Capítulo 14

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

La biblioteca de las tertulias

LUIS ENRIQUE TORD

La notable biblioteca de don Félix Denegri Luna no solo alcanzó el justo prestigio de ser el más selecto y numeroso repositorio contemporáneo de libros y revistas, a más de periódicos del siglo XIX del Perú, sino que se constituyó también en lugar obligado donde recalaban historiadores de diversas generaciones tanto del país como del extranjero.

Desde 1974 en que empecé a frecuentarla vi pasar por ella a muchos de los más conspicuos personajes de la vida intelectual de Lima y provincias así como a distinguidos investigadores de Hispanoamérica, en particular de Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia y Chile. Eran oriundos especialmente de estas tres últimas naciones debido a los asuntos que fueron interés permanente de don Félix: el desenvolvimiento de nuestras respectivas historias durante el periodo republicano, la particular atención que dedicó al nacimiento, plenitud y extinción de la Confederación Peruano-boliviana y su ferviente deseo de ver concluidas satisfactoriamente las controversias de delimitaciones fronterizas con el Ecuador y la aplicación de lo pendiente del Tratado de Lima de 1929 con Chile. Don Félix alcanzó a ver concluido el Acuerdo de Paz suscrito en Brasilia por el Perú y el Ecuador el 26 de octubre de 1998, dos meses antes de su fallecimiento en Quito, pero no alcanzó a los compromisos finales con Chile firmados casi un año después de su deceso. Sin embargo, la proximidad de esas fechas a la de su lamentable desaparición corrieron paralelas a sus afanes de más de medio siglo por ver canceladas estas cuestiones pendientes que enturbiaron las relaciones entre nuestros países.

Uno de los habitués infaltables en la biblioteca fue por cierto el sacerdote jesuita y distinguido historiador Armando Nieto Vélez. No solo era él un atinado consejero en las obras que investigaba don Félix sino un leal amigo de la familia, habida cuenta de que el anfitrión había cursado sus estudios escolares en el colegio de la Inmaculada y por tanto poseía la firme impronta que los religio-

sos de La Compañía dejan en sus alumnos. La vasta cultura de Armando, su magnífico conocimiento del idioma y su generosidad y bonhomía lo hicieron indispensable en la tarea de pulir la prosa, confirmar el dato, citar con rigor las fuentes. Y más de una vez intervino para calmar el ánimo de don Félix cuando lo exaltaban acontecimientos que lo disgustaban o tardaba más de la cuenta en ubicar en ese maremágnun de libros la información que buscaba.

No dejaba de caer por temporadas Percy Cayo Córdova, experto conocedor de nuestro primer siglo republicano, persistente animador cultural y miembro imprescindible de las academias y sociedades de historia limeñas. O Ismael Pinto Vargas, periodista cultural y editor de estudios acerca de su Moquegua natal. En una época frecuentó la biblioteca el historiador cuzqueño José Tamaro Herrera, autor de importantes trabajos acerca del indigenismo cuzqueño y puneño. Cuando llegaba de Berkeley, California, entraba como un tifón José Durand Flórez. Alto, anteojado, de ojos saltones y lánguida mirada —lo que le ganó el mote de «vaca mansa»— bajaba de tres en tres los volúmenes de los estantes para hojearlos con penetrante mirada erudita, juzgando implacablemente, a extraordinaria velocidad, lo que tenía aquel título de riguroso o lo que hallaba de feble. En el entretanto lanzaba agudos comentarios sobre acontecimientos recientes preñados de punzante ironía. Don Félix esbozaba la sonrisa de quien conoce a un viejo amigo espetándole: «¡Como siempre, con la lanza en ristre! ¡Deja vivir a la gente!». Pepe se pasaba horas hurgando en las colecciones de periódicos del siglo XIX, tanto de la capital como de provincias, en los cuales él y don Félix sentían vívidamente el palpito de la Patria Vieja.

Otros visitantes le daban un ambiente diferente al recinto: solemnidad, discreción, gravedad. Al fin y al cabo por él transcurrían no solo intelectuales sino de vez en cuando políticos o algunos académicos que acudían a coordinar actividades institucionales con quien había sido por doce años consecutivo director de la Academia Peruana de la Historia.

Vi circular por la biblioteca los personajes más disímiles. Ahí conocí a ese hombre correcto y discreto que es el almirante Luis Ernesto Vargas Caballero, quien como muchos distinguidos marinos estaba atento a las publicaciones y la investigación, tanto así que cuando fue comandante general de la Marina se fundó el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú. Visitaban la biblioteca también el almirante Federico Salmón de la Jara, excepcional impulsor de la *Historia Marítima del Perú*, el comandante Luis Felipe Villena, infaltable coordinador de la obra, así como Jorge Ortiz, quien luego de retirarse de la Marina se dedicó a los estudios históricos.

Los días más intensos fluctuaban entre extremos: los sábados aplicados a la investigación y la lectura, o por el contrario, los enormemente ajetreados en que se corregía o controlaba la edición de un libro. Fue el caso de la Biblioteca Cultural Peruana que le planteó don Félix crear a Guillermo Wiese de Osma,

presidente del Banco Wiese y de la Fundación Augusto N. Wiese. La intención fue editar en ese sello estudios peruanistas de envergadura. En efecto, en él aparecieron *Historia de la pintura cuzqueña*, en dos volúmenes, de José de Mesa y Teresa Gisbert; y *Noticias cronológicas de la Gran Ciudad del Cusco*, también en dos volúmenes, de Diego de Esquivel y Navia. Se trabajó con mucha minuciosidad en los dos, y con particular esmero en el segundo pues hubo que comparar manuscritos de tres repositorios que presentaban entre ellos algunas variaciones. Las reuniones de la comisión de la Biblioteca —conformada por don Félix, Aurelio Miró Quesada Sosa, Juan Manuel Ugarte Eléspuru y quien escribe estas líneas— se efectuaron en la casa de Guillermo Wiese, pero las sesiones de trabajo para la edición de los libros se efectuaban en la biblioteca de don Félix. En esas circunstancias se apreciaba su extraordinaria tenacidad para el trabajo, su indeclinable entusiasmo y su resolución para llevar adelante obras de gran envergadura.

En otra ocasión apreció la gran tensión que se creaba en él buscando la prosecución de un objetivo: la edición del diario de viaje por el sur del Perú escrito por el cura José María Blanco en el transcurso de la visita efectuada por el presidente Luis José de Orbegoso. Por ese manuscrito sintió don Félix verdadera pasión pues le admiraba la precisión detallista de las descripciones de su autor que se había dado el trabajo de registrar pormenorizadamente las características de las poblaciones, su arquitectura, las recepciones al presidente, los bailes, la cocina regional, el paisaje y los tipos humanos al compás que se efectuaba el periplo por el Cusco, el Urubamba, Arequipa, etcétera.

No satisfecho don Félix con incluir en esa edición anotaciones confirmatorias o ampliatorias de las meticulosas descripciones del cura Blanco, resolvió viajar a cada uno de los lugares retratados llevando copia del manuscrito para constatar *in situ* la veracidad del dato. Y fue así que tuve la fortuna de acompañarlo al Cusco, el valle del Urubamba, a la ruta de Puno al Cusco —pasando por Pucara— y los pueblos circunvecinos al lago Titicaca. Provisto del manuscrito, libreta de campo, cinta métrica y mapas regionales debimos recorrer pueblo por pueblo para observar si tal iglesia conservaba los retablos, si aún se apreciaba tal escultura, si los caminos regionales eran los mismos que había descrito el cura Blanco siglo y medio atrás.

Los lugareños nos tomaban por arquitectos, ingenieros, topógrafos o agrimensores al observarnos descender del vehículo y aplicarnos a medir el largo y ancho de algún puente, sumar el número de peldaños de un atrio, escudriñar las callejas de algún poblado vetusto. En ese año dirigía yo en el Cusco el Curso de Restauración de Bienes Muebles, del Instituto Nacional de Cultura y la Organización de Estados Americanos, y cuando llegó a la ciudad don Félix, su estadía y curiosidad científica coincidió con intensas manifestaciones urbanas y tomas de carreteras organizadas por gremios obreros y campesinos. Estuvimos ex-

puestos varias veces a la multitud pues el prefecto de la ciudad, Adolfo Eguiluz, había tenido la gentileza de prestarnos una camioneta para efectuar nuestros estudios, por lo que nos confundían con autoridades locales o de Lima.

Con esas facilidades hicimos viajes muy detallados por Yucay, Urubamba, Urquillos, Salabella, Loayzachayoc, Calca, Písac y San Salvador de Huanca. En el valle de Yucay sostuvimos gratas conversaciones con Jesús Lámbarry Bracco y Manuel Orihuela en la hacienda Huayocari, donde recibimos valiosas informaciones de aquellos dos recordados amigos cuzqueños que conocían como pocos las tradiciones y los lugares históricos de la región.

En otra oportunidad tuvimos reuniones con un pariente de mi esposa, don Ciro Astete, con quien confirmamos detalles acerca del paso de Orbegoso y del cura Blanco por la hacienda Huambutío que había sido de sus antepasados los Astete. En el recorrido a Puno se nos unió el historiador del arte boliviano José de Mesa que siempre resultaba una compañía entretenida por su sentido del humor. De esta forma don Félix, Mesa y yo, conducidos por un chofer, hicimos un detenido viaje hasta el lago Titicaca recorriendo poblados, templos, casonas, museos de sitio y bibliotecas, y efectuando visitas a los historiadores y escritores de la ciudad de Puno. Un periplo notable fue asimismo el que realizamos a los pueblos que orillan el lago como Juli, Pomata, Paucarcolla, Zepita, Taraco, Huancañé y Moho, así como por el interior donde conocimos Yanarico y San Martín de Vilque. Este último nos interesaba sobremanera pues había sido sede de una notable feria ganadera durante el virreinato y el primer siglo republicano. Feria a la que acudían comerciantes de ganado que venían de comarcas tan alejadas como Tucumán de la Argentina. Cerca de San Martín se nos hundió la camioneta en el intento de vadear un río, debiendo acudir a los servicios de un poderoso camión mientras nosotros nos secábamos bajo el ardiente sol del mediodía. Está de más decir que aquel gran interés por el sur de nuestra patria que siempre demostró hizo de él un intelectual muy apreciado en los círculos de investigadores de esa vasta e histórica región.

Sería larga la relación de personalidades que recalaron en su biblioteca a investigar o conversar pero a riesgo de olvidar a algunos debemos mencionar a Aurelio Miró Quesada Sosa, Luis Alberto Sánchez, Guillermo Lohmann Villena, José Agustín de la Puente Candamo, Alberto Tauro del Pino y Federico Engel, entre otros. De Arequipa lo visitaban Eusebio Quiroz Paz Soldán y Alejandro Málaga Medina; del Cusco Manuel Jesús Aparicio Vega y de Tacna Luis Cavagnaro. En el ámbito internacional la lista es larga pero recordaremos a los escritores bolivianos Alfonso y Alberto Crespo Rodas, Jorge Gumucio, Valentín Abecía, José Luis Roca, Teodosio Imaña Castro, Alberto Vásquez Machicado, Mario Lara, Walter Montenegro y el expresidente Víctor Paz Estenssoro; asimismo a los chilenos Luis Valencia Avaria, Fernando Campos Harriet, Javier Gonzales Echenique, José Miguel Barros y Francisco Bulnes; el venezolano José

Luis Salcedo-Bastardo; a los colombianos Germán Arciniegas y Antonio Cagua Prada; al ecuatoriano Alfredo Pareja Diezcanseco; al británico David A. Brady y a Magnus Morner. De todos ellos llamamos la atención en el hecho de que luego del Acuerdo de Paz con el Ecuador se estableció en la Academia Diplomática de ese país la cátedra Félix Denegri Luna, al propio tiempo que en la nuestra se instaló la cátedra Alfredo Pareja Diezcanseco.

En medio de sus múltiples ocupaciones don Félix no perdía aquel humor limeño que aligeraba las preocupaciones cotidianas de su existencia, como alguna vez en que me dijo burlonamente que su drama intelectual consistía en que sus clientes empresarios llegaran a enterarse de que era un apasionado de la historia pues podía afectar a su estudio de abogado el hecho de que le dedicara tanto a esa vocación humanista, o que en el mundo intelectual recordaran que él no se había recibido en la universidad en la especialidad de historia... sino en literatura.

Permanecerá pues indudablemente don Félix no solo en las obras que escribió sino en los libros de aquella su formidable biblioteca que es un notable legado a través del cual reanudaremos permanentemente un homenaje a su memoria al tornar a abrirlos, aprender en ellos y proseguir el incansable aprendizaje que constituye el estudio y la construcción de la cultura patria.